

MAYO EN LA PLATA Y JULIO EN LA PAZ PRIMEROS GRITOS DE INDEPENDENCIA AMERICANA

Mariano Baptista Gumucio

Ninguna conquista y colonización se ha hecho en la historia sin sangre y dolor. España legó a estas tierras su lengua, su religión, sus instituciones. Pero los protagonistas de la hazaña de someter a un continente nuevo buscaban naturalmente su propio beneficio y el de su país. Con el paso de los años, la gente nacida aquí, indígena o mestiza, empezó a plantearse la necesidad de gobernarse a sí misma y dar fin a los impuestos y gabelas que favorecían a un país situado al otro lado del océano. Con esa idea, todavía embrionaria, surgieron aquellos bravos varones que la historia conoce como precursores, pues se adelantaron a su tiempo sacrificando sus vidas por la idea autonomista.

La primera causa para la independencia se encuentra en el despotismo con que España gobernó sus colonias, imponiendo instituciones, impuestos, monopolios en su favor, y no permitiendo que esas regiones pudieran aspirar a crear industrias propias. Estaba coartada la libertad de comercio y buena parte de los privilegios del gobierno correspondían a los españoles, salvo contadas excepciones, y era penoso el estado de sometimiento en que había quedado postrada la mayoría indígena, lo que ocasionó varias insurrecciones previas.

En los claustros universitarios se discutían las doctrinas del Padre Francisco Suárez, divulgadas por los jesuitas en las Universidades, y las de Santo Tomás de Aquino, acerca de la soberanía popular. Como ambos eran autores aprobados por la iglesia, las autoridades no se apercebían del trasfondo revolucionario de esas teorías. Y a ello se añade el fermento de las ideas de “libertad, igualdad y fraternidad” que proclamó la Revolución Francesa, así



como los ideales republicanos y democráticos de la revolución que realizaron los norteamericanos en 1776. Las ideas de los enciclopedistas franceses se habían difundido entre los sudamericanos cultos, sobre todo en los ambientes universitarios, al igual que la forma de gobierno que adoptaron los norteamericanos.



Recapitulamos las causas inmediatas, de carácter político, que apresuraron los acontecimientos: consolidada la Revolución Francesa es proclamada la República, la cual, gracias a Napoleón Bonaparte, se transformó en Imperio; las tropas francesas invaden España y Napoleón invita al Rey Carlos IV y a su hijo Fernando VII (en cuyo favor dimitió el primero) a trasladarse a Francia, poniendo en su lugar a su propio hermano, José, como Rey de España; en Sevilla se forma una Junta para gobernar el país mientras durara el exilio de los Borbones; y el país quedó dividido entre “carlistas”, “fernandistas” y “bonapartistas” dispuestos a colaborar con los franceses. Todo el sistema político español, basado en la fidelidad al monarca, se vio sacudido hasta los cimientos; y de esa circunstancia se aprovecharon los americanos para proclamar su mayoría de edad y su derecho a la independencia.

En este movimiento, los universitarios de Charcas, que provenían de diversas partes del continente —Buenos Aires, Cuzco, Asunción...—, tuvieron un gran papel. Sobresalían en ese grupo los hermanos Zudáñez,

Había empezado así, sin derramamiento de sangre, una guerra que duraría dieciséis años y que provocaría miles de víctimas en ambos bandos

Mariano Moreno, Juan José Castelli, Bernardo Monteagudo, Mariano Serrano y otros, que habían formulado el silogismo rescatado por el historiador Gabriel René Moreno, que contenía dos premisas y una conclusión: la premisa mayor señalaba que el sometimiento colonial era atributo debido a la persona del rey y no a España; y la premisa menor indicaba que el recién jurado rey Fernando VII había abdicado con toda su familia y se hallaba en Francia. La conclusión era que la monarquía se hallaba legal y definitivamente acéfala por vacancia del trono, y por tanto, era ilegal el gobierno de las autoridades y legítimo el derecho de plantearse un gobierno propio. Por supuesto que pesaban los 300 años de lealtad al soberano y las primeras juntas de La Plata y La Paz invocaron los derechos de Fernando VII. Estas disquisiciones se hacían, naturalmente, en privado, por temor a la delación; y se organizaban clubes a los que invitaban solamente a quienes compartían sus ideas, sin imaginar que los acontecimientos se precipitarían vertiginosamente.

Imaginemos una obra de teatro para poder entender a los personajes que protagonizan el alzamiento de Chuquisaca, primero que se produce en el continente, el 25 de mayo de 1809. De una parte tenemos a los del bando español: Ramón García Pizarro (descendiente directo de Francisco Pizarro, conquistador del Perú), presidente de la Real Audiencia y gobernador de Chuquisaca, hombre de avanzada edad; Don Benito Moxo y Francoli, Arzobispo de Chuquisaca, estudioso y gran lector, amigo íntimo de Pizarro; José Goyeneche, nacido en Arequipa, quien llegó a Chuquisaca con dos credenciales para ver cual le servía mejor: la primera como representante de la Junta de Sevilla, y la segunda como enviado de la Princesa Carlota, hermana de Fernando VII (que gobernaba el Brasil como esposa del monarca portugués) e interesada en extender su reino hasta estas tierras. Se rumoraba que Goyeneche tenía bajo la manga un tercer naípe: el de agente secreto de Napoleón.

Del otro lado se hallan los oidores y abogados que se enfrentaron a estos personajes y precipitaron la insurrección. Los más importantes: Jaime Zudáñez, defensor de pobres, cuya detención ordenada por Pizarro provocó la reacción popular y la salida del pueblo a las calles; Joaquín y Manuel Lemoine, hermanos que subieron a la torre de la iglesia de San Francisco para repicar la campana llamando al pueblo (campana llamada ahora “de

la libertad”); Bernardo Monteagudo, quien se hacía llamar “ciudadano de América” y llegó a ser secretario del general San Martín; Mariano Serrano, presidente de la Asamblea Constituyente que creó la República; y Manuel Mercado.

A la llegada de Goyeneche a Charcas, a pedido suyo, Pizarro convocó a los oidores para examinar la situación de España y resolver la actitud que tomaría la Audiencia. Los oidores rechazaron la misión que traía Goyeneche y algunos de ellos acusaron al presidente Pizarro, al Arzobispo y al propio Goyeneche, de querer vender el país a la Princesa Carlota del Brasil. El pueblo salió en apoyo del preso Zudáñez y fueron detenidas las autoridades españolas, nombrándose nuevo gobernador a Juan Antonio Alvarez de Arenales. Había empezado así, sin derramamiento de sangre, una guerra que duraría dieciséis años y que provocaría miles de víctimas en ambos bandos.

Los doctores de Charcas enviaron comisiones a distintos puntos de la Audiencia, y dos de ellos fueron a La Paz, donde existía también un grupo de conjurados patriotas, a cuya cabeza se hallaba el abogado Pedro Domingo Murillo. La revolución en esta ciudad se inició el 16 de julio con la toma del cuartel, cuyo comandante, Pedro Indaburo, se hallaba en el secreto. Este sería luego doblemente traidor, pues cuando los revolucionarios nombraron a Murillo presidente de la Junta Tuitiva, Indaburo, despechado, cambió otra vez de lealtades. La Junta decidió la quema de documentos sobre impuestos y convocó a los indios “nobles” para que formaran parte de ella. La primera medida en ambas ciudades fue expulsar al presidente de la Audiencia, en un caso, y al intendente en el otro, junto a los obispos Moxó y La Santa. Moxó sobrevivió a los avatares políticos hasta 1815, en su palacio episcopal, pero La Santa organizó en el pueblo de Irupana, en los Yungas, una guerrilla contra los insurgentes, a quienes excomulgó. Trató luego de cambiar la sede del Obispado a Puno y pidió a España que se quitara el rango de ciudad a La Paz.

Reapareció entonces en el escenario José Manuel de Goyeneche, para entonces presidente de la Audiencia del Cuzco, quien por instrucciones del Virrey Abascal de Lima cruzó el Desaguadero con un fuerte contingente de 5.000 hombres para aplastar la insurgencia de La Paz. Los alzados, por su inferioridad de armas y hombres, se replegaron a Yungas. En Chacaltaya se enfrentaron los dos ejércitos, siendo batidos los patriotas. Poco después Murillo era apresado con algunos compañeros y ajusticiado con nueve de ellos, en la plaza de armas que hoy lleva su nombre. Es justo mencionar a quienes lo acompañaron en la revolución y el sacrificio, rindiendo sus vidas como protomártires de la independencia: Basilio Catacora, Buenaventura Bueno, Melchor Jiménez, Antonio

Figuroa, Apolinar Jaén, Victorio y Gregorio García Lanza, Juan Bautista Sagárnaga, José Antonio Medina. Otros patriotas fueron desterrados a las islas Malvinas y a Filipinas.

En los episodios de la revolución paceña se distingue por su valor y desprendimiento Vicenta Juaristi Eguino, quien entregó toda su hacienda y bienes para sostener la causa de la patria. Como destacará 15 años después el Mariscal de Ayacucho, “La Plata fue la palabra y La Paz, la espada”. Varios altoperuanos tuvieron papel importante en la revolución de mayo de 1810 de Buenos Aires, cuya primera junta gubernativa fue presidida por el potosino Cornelio Saavedra. Ese movimiento fue secundado de inmediato por Cochabamba, ciudad que reconoció la autoridad de esa capital. Esteban Arze y otros patriotas tomaron la plaza y en los campos de Aroma derrotaron a los realistas. Entre tanto, el ejército patriota argentino triunfaba también en la batalla de Suipacha contra las tropas enviadas por el presidente de Charcas, Vicente Nieto; ese triunfo permitió a su vez el levantamiento del pueblo potosino y luego del chuquisaqueño. Los enviados de Charcas habían cumplido a cabalidad su papel, pues la revolución se extendía rápidamente.



El primer ejército auxiliar argentino, al mando del doctor Castelli, entró a las provincias altas cuando estas ya se habían pronunciado a su favor, expulsando a las autoridades peninsulares; pero él y sus hombres cometieron muchas tropelías y en Potosí fusilaron al gobernador Sanz, a Nieto y al general Córdova. Pese a esa política de dura represión, que también perjudicaba a los patriotas, a quienes se exigían tributos, todos los pueblos contribuyeron con tropas, alentados como estaban con las victorias de Aroma y Suipacha. Castelli avanzó hasta el Desaguadero y allí se distrajo frente a las tropas de Goyeneche, con quien firmó un armisticio que éste incumplió. Goyeneche cruzó el río y destrozó al ejército patriota. Un oficial de Castelli, en su retirada hacia Buenos

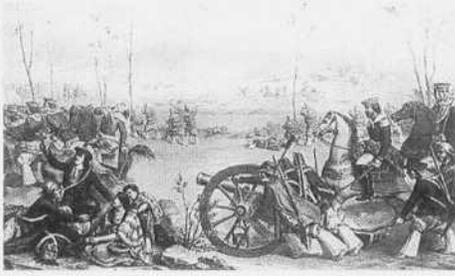


Juan José Castelli

Aires, hizo cargar en cien mulas todos los caudales de la Casa de la Moneda de Potosí.

Es entonces que se produce el segundo cerco a la ciudad de La Paz, comandado por una docena de caudillos indígenas y mestizos, entre los que sobresale Juan Manuel de Cáceres. Por orden del Virrey Abascal, de Lima, los caudillos indígenas Mateo Pumakhaua y Manuel Choquehuanca, ambos quechuas, penetran al Alto Perú con cuatro mil nativos, permitiendo que su gente se dedique a la matanza y el pillaje en todas las poblaciones altiplánicas. También el pueblo cruceño, liderado por los patriotas Moldes y Lemoine, se alzó en armas.

Goyeneche había reocupado Cochabamba después de su triunfo en Guaqui, pero tan pronto dejó la ciudad para perseguir a los patriotas el pueblo cochabambino, siempre liderado por Esteban Arze, se levantó de nuevo. Las autoridades argentinas, desalentadas por la derrota de Castelli, enviaron otro ejército a las órdenes de Belgrano hasta Tucumán, pero con orden de no seguir al norte. Contra ese ejército mandó Goyeneche al general Pío Tristán, mientras él decidía volver sobre Cochabamba y escarmentar a la ciudad. Los patriotas lo esperaban en el Queñal, mal armados, y fueron derrotados. El vecindario cochabambino quiso parlamentar con el jefe realista, pero la obstinación que éste encontró en las cercanías de Cochabamba, donde algunos varones y mujeres decidieron hacer una última resistencia en el cerro de la Coronilla, enfureció a los españoles, que masacraron a cuantos estaban allí y luego, por tres días, se dedicaron al pillaje en la ciudad, fusilando a los jefes patriotas. Mientras tanto, el ejército argentino dio tres reveses a las fuerzas de Tristán y obligó a éste a capitular en Salta y firmar, con sus oficiales, un compromiso de no tomar más las armas contra los americanos, que no cumplieron. Por



estos contrastes, el Virrey Abascal sustituyó a Goyeneche (quien se fue a España para no volver más) y a Tristán, nombrando en su lugar al general Joaquín de la Pezuela. Belgrano, alentado por sus éxitos, entró al Alto Perú, demorándose muchísimo en llegar a Potosí y Oruro. Los realistas se reorganizaron y al cabo de siete meses se enfrentaron ambos ejércitos en Vilcapujio y luego en Ayuma, favoreciendo la suerte a los realistas. Belgrano decidió entonces volver a Buenos Aires y de paso por Potosí, ordenó hacer volar la Casa de la Moneda, intento que afortunadamente no prosperó por la oportuna intervención de un oficial altoperuano.

Tres años después de su primera incursión, volvió a La Paz Mateo Pumakhahua, pero esta vez al servicio de los patriotas y aliado al Presbítero Ildefonso de las Muñecas. El gobernador Valdés Hoyos fue tomado prisionero y ajusticiado con muchos vecinos españoles al correrse la voz de que tenía el plan de hacer volar el Palacio de Gobierno. Buenos Aires envió entonces un tercer ejército al mando de José Rondeau, quien nombró a uno de sus oficiales, el coronel Manuel Rodríguez, presidente de Chuquisaca. La primera providencia de este oficial fue apoderarse de todos los bienes que el vecindario había depositado en los conventos, como emergencia de la larga guerra. Intimidado por Rondeau para que devolviera esos recursos a sus legítimos dueños, Rodríguez sólo cumplió en parte la orden de su superior. Dos hechos de armas protagonizó este ejército, uno a cargo de Rodríguez, quien quiso sorprender a los realistas en Ventaimedia, siendo derrotado; y el otro, por parte de Rondeau en Viloma, siendo también aplastado por las tropas de Pezuela. Dado que este lugar se halla en las cercanías de Cochabamba, Pezuela entró a la ciudad con la misma ferocidad que había demostrado Goyeneche tiempo atrás y organizó tribunales de purificación, para juzgar a los rebeldes. Los altoperuanos no veían alternativa a su angustiada situación, pues el trato que recibían de las tropas realistas que subían del Bajo Perú era equiparable a las depredaciones y saqueos que efectuaban los soldados que enviaba Buenos Aires, que en su camino de retorno no distinguían amigos o enemigos. De ahí nació la conciencia de formar una patria nueva, que no se sometiera a ningún amo exterior.

Las guerrillas operaban en todo el territorio altoperuano, hostigando sin cesar a los ejércitos regulares españoles, que ya no poseían más que el suelo sobre el que

transitaban. Las ciudades cambiaban de manos con frecuencia y a un precio terrible, pues el saqueo y el abuso se volvieron práctica corriente. Se produjo entonces la cuarta y última expedición argentina, dirigida por el coronel La Madrid, quien auxiliado por los guerrilleros chapacos de Méndez tomó Tarija, capturando al coronel Andrés de Santa Cruz, y luego siguió a Charcas, pero al no poder tomar la ciudad emprendió el retorno, sufriendo un revés en Sopachuy. Vale la pena mencionar que a La Paz solamente llegó el primer ejército auxiliar, pues la guerra se concentró en el entorno de Potosí.

En el Bajo Perú, fortaleza hasta entonces inexpugnable del realismo, se produjo la invasión por mar del ejército chileno-argentino del general José de San Martín. En las tierras altas sólo quedó el ejército del general Pedro Antonio de Olañeta, empeñado en sostener los pendones del Rey. Por efecto de la política europea, en el seno de las fuerzas españolas había absolutistas y liberales, y entre los primeros figuraba Olañeta, quien acusaba al Virrey La Serna de liberal. Esto llevó al enfrentamiento armado entre Olañeta y el general Valdés, que cumplía órdenes del Virrey, pero cuando éste se enteró de la llegada de las tropas colombianas de Bolívar al Perú, prefirió retornar allí. Llegó a tiempo para intervenir en la batalla de Junín, que señaló uno de los grandes triunfos patriotas, mientras Olañeta, el rebelde, quedaba dueño del Alto Perú, pero ya no por mucho tiempo.

Dos razones explicaban la preocupación de Buenos Aires por la suerte del Alto Perú. En primer lugar, sabía que no podía tener tranquilidad y seguridad para desarrollar su vida autónoma mientras los ejércitos realistas dominaran el norte; y de otra parte, interesaba a los argentinos conservar su hegemonía sobre las tierras que los españoles, pocas décadas antes, habían incorporado al Virreinato de Buenos Aires. Pero la impericia de sus tropas y el mal trato que dieron a las poblaciones del Alto Perú, frustraron ese segundo propósito de quienes inspiraron el envío de los ejércitos auxiliares. Y esto sirvió también para que los altoperuanos supieran que aún a un precio altísimo, debían quebrar sus cadenas con sus propias manos. Ayer como hoy. ☒

Mariano Baptista Gumucio. Boliviano, escritor y periodista, ex Ministro de Educación y Cultura, en tres oportunidades. Premio Nacional de Cultura, Premio "Gunnar Mendoza" de gestión cultural, Premio "Bandera de Oro", Honorable Senado Nacional, Premio Alfabetización de la UNESCO, Premio "Andrés Bello" de la Organización de Estados Americanos. Autor de diversos libros en el campo de la historia y la cultura.